

La oración

“Señor, enséñanos a orar” (Lucas 11:1)

Autor: G. André

Primero es necesario escuchar, luego hablar. “Hablaban Jehová a Moisés cara a cara, como habla cualquiera a su compañero” (Éxodo 33:11). Hoy el creyente goza de un privilegio aún mayor: comunicarse con Dios no solo como con su amigo, sino escucharle y hablarle como a su Padre.

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

Introducción - ¿Qué es la oración?	3
¿Por qué orar?	5
Agradecer y adorar	6
Pedir.....	6
Interceder.....	9
Confesar nuestras faltas.....	10
¿Cómo orar?.....	12
Actitud exterior	12
¿Con quién orar?.....	13
Actitud moral	14
¿Cuándo orar?	18
1. Estar dispuesto a orar	18
La oración cotidiana, sea en la vida individual o familiar	20
La oración ligada a las etapas de la vida	22
Hombres y mujeres de oración en la biblia.....	24
Ana.....	24
Samuel	25
Elías.....	27
Moisés.....	29
Los resultados de la oración	35
Ejemplo supremo el.....	41
Las oraciones del señor Jesús en el evangelio según Lucas	41

Introducción - ¿Qué es la oración?

Mi gozo está en tus atrios, la casa de oración,
Do el alma tantas veces su fuerza y luz halló.
Con cuánto amor el ruego Tú sueles escuchar,
¡Qué dulce hablar contigo, cuán bello en Ti esperar!

Moisés nos da uno de los más notables ejemplos de oración en el Antiguo Testamento. Bajo la gran responsabilidad que pesaba sobre él, entraba en el tabernáculo de reunión para hablar con Dios (Números 7:89). Lejos del polvo del desierto y del ruido del campamento, Moisés entraba en el silencio del santuario. Primeramente oía la voz que le hablaba de encima del propiciatorio, luego hablaba con Dios.

Primero es necesario escuchar, luego hablar. “Hablaban Jehová a Moisés cara a cara, como habla cualquiera a su compañero” (Éxodo 33:11). Hoy el creyente goza de un privilegio aún mayor: comunicarse con Dios no solo como con su amigo, sino escucharle y hablarle como a su Padre. El Señor dijo a sus discípulos: “Cuando oréis, decid: Padre...” (Lucas 11:2). Sin embargo, la oración no se dirige solamente al Padre; Pablo dijo: “Tres veces he rogado al Señor” (2 Corintios 12:8). Cuando era apedreado, Esteban se dirigió al Señor Jesús. Pero, fundamentalmente, nosotros oramos al Padre, nos dirigimos a él respecto a todo lo que nos concierne o nos interesa: esto es **dependencia**.

El interés de Dios por nosotros nos da la libertad de dirigirnos a él sin reservas: esto es **confianza**.

La base de esto es la **fe** en su amor y en su poder. No se trata de ordenarle a Dios que obre según nuestros deseos, sino de exponerle nuestras necesidades, pidiéndole que nos dé según su sabiduría y su bondad, infinitamente superiores a nuestros pensamientos. Él nos ha dado muchas cosas en respuesta a la oración, cosas que no tendríamos sin ella: “No tenéis... porque no pedís” (Santiago 4:2). Así tenemos una prueba continua de que nuestra relación es con el Dios vivo, y nuestra alma puede gozar de una comunión más profunda con él.

Nos dirigimos a un Dios invisible, pero presente, en quien el poder y la sabiduría son infinitas; quien nos ama y se interesa por nosotros, por nuestros problemas. Nos comprende y quiere ayudarnos. Nos dio a su Hijo y “nos dará también con él todas las cosas” (Romanos 8:32).

Alguien escribió: «Mi felicidad consiste en exponerle todo, sintiendo mi dependencia y teniendo la confianza de que él, en su amor, fortalecerá mi corazón con la seguridad de que sus cuidados incesantes no me faltarán».

¿Por qué orar?

En primer lugar, para **acercarnos a Dios y comunicarnos** con él. La epístola a los Hebreos abunda en el verbo acercar. Nos acercamos confiadamente al trono de la gracia (cap. 4:16). Nos acercamos a Dios por Cristo, quien intercede por nosotros (cap. 7:25). Nos acercamos por el camino nuevo y vivo (cap. 10:19-22).

Pero Hebreos 11:6 declara: “Es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay”. Aquel en quien tal vez la fe es débil, pero que tiene conciencia de la existencia de Dios, puede acercarse a Él. “Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros” (Santiago 4:8). Ya en su tiempo, Asaf dijo: “En cuanto a mí, el acercarme a Dios es el bien” (Salmo 73:28).

Primero había pensado que Dios estaba en contra suyo; no podía aceptar la prosperidad de los impíos frente a sus dificultades personales. Pero “entrando en el santuario de Dios”, lo comprendió.

Cuando Juan, “el discípulo a quien Jesús amaba”, preguntó al Señor quién lo traicionaría, se recostó “cerca del pecho de Jesús” (Juan 13:23-25).

Nos acercamos a Dios como **Creador**, “del cual proceden todas las cosas, y nosotros somos para él” (1 Corintios 8:6). Nos acercamos al **Redentor**, quien ordenó todo para librarnos del poder de Satanás y llevarnos al reino del Hijo de su amor; y aun más, nos acercamos al **Padre**, quien nos ama (Juan 16:27), y al Señor Jesús, “el Amigo más unido que un hermano”, quien simpatiza con los suyos en todas sus circunstancias.

Para el israelita, Dios estaba detrás del velo (2 Crónicas 6:1). Para el Predicador, “Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra; por tanto, sean pocas tus palabras” (Eclesiastés 5:2). Pero para los hijos de Dios, él está cerca, y dice a cada uno: Ven, acércate, no temas. Y lo podemos hacer porque tenemos un **Sumo Sacerdote** que “puede salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (Hebreos 7:25).

Cristo entró “en el cielo mismo” (cap. 9:24), habiendo obtenido una eterna redención; él puede “compadecerse de nuestras debilidades” porque estuvo en la tierra y conoció las dificultades del camino. “Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia” (Hebreos 4:15-16). Acercarse a un monarca es muy difícil. Ester arriesgó su vida (Ester 4:16). Ahora nosotros contamos con el favor de Dios. Él comprende nuestra debilidad, e incluso antes de darnos “el oportuno socorro”, nos hace partícipes de su misericordia.

Veamos ahora con **qué fin** nos acercamos a Dios.

Agradecer y adorar

El incrédulo no da gracias a Dios (Romanos 1:21), mientras que las primeras palabras de un recién nacido en la fe son: Gracias, Señor. “Dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz” (Colosenses 1:12).

Podemos decir que las acciones de gracias son un elemento imprescindible en toda oración: “Perseverad en la oración, velando en ella **con** acción de gracias” (Colosenses 4:2). “Sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias” (Filipenses 4:6). Ya en los tiempos antiguos, Daniel se arrodillaba tres veces al día, “y oraba y daba gracias delante de su Dios” (Daniel 6:10). Sin embargo estaba cautivo y expuesto a un gran peligro. Pero esto no le impedía dar gracias.

Para adorar a Dios es necesario un sentimiento profundo de agradecimiento, de gratitud. Incluso en las situaciones más difíciles, el creyente siempre tiene motivos para bendecir a Dios. “Ofrecamos **siempre** a Dios, por medio de él, sacrificio de **alabanza**, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre” (Hebreos 13:15).

Adoramos al Padre, pero también al Hijo: “Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre... a él sea gloria” (Apocalipsis 1:5-6).

No adoramos al Espíritu Santo, pero rendimos culto por el Espíritu a Dios (Filipenses 3:3), y oramos “en el Espíritu” (Efesios 6:18). Cuando no sabemos cómo orar, “el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles” (Romanos 8:26).

Pedir

A través de las diversas circunstancias de la vida, muy a menudo debemos pedir. ¡Tenemos tantas necesidades! La Palabra nos dice que debemos orar en todo tiempo, con toda oración y súplica (Efesios 6:18). Tratemos de discernir, pues, las clases de oraciones que dirigimos a Dios, conservando siempre el elemento imprescindible de la acción de gracias.

a) En la necesidad urgente: suplicar

En la angustia, en el peligro o en la necesidad, el creyente clama a Dios. Cuando David fue abandonado por todos, se refugió en una cueva donde compuso el Salmo 142: “Con mi voz clamaré a Jehová; con mi voz pediré a Jehová misericordia. Delante de él expondré mi queja; delante

de él manifestaré mi angustia” (v. 1-2). Pedro, al ver el fuerte viento, comenzó a hundirse, y clamó: “¡Señor, sálvame!” (Mateo 14:30). Y el Señor no lo hizo esperar; inmediatamente extendió su mano y lo tomó. En la parábola de los tres amigos, el dueño de casa no tiene pan para el viajero que llega. ¿Qué hacer entonces? Se levanta a medianoche y va a su vecino, diciéndole: “Amigo, préstame tres panes” (Lucas 11:5).

Si somos conscientes de haber cometido una falta y de estar bajo las consecuencias de esta, ¿podemos clamar a Dios? La respuesta está en el Salmo 130:1-4: “De lo profundo, oh Jehová, a ti clamo. Señor, oye mi voz; estén atentos tus oídos a la voz de mi súplica. JAH, si mirares a los pecados, ¿quién, oh Señor, podrá mantenerse? Pero en ti hay perdón, para que seas reverenciado”.

Supongamos que mi alma ha perdido la comunión con Dios; entonces mi corazón natural dice: «Debo corregir este asunto antes de poder ir a Cristo». Pero el Señor está lleno de gracia, y nuestro deber es **volvernos** a él inmediatamente, **tal como estamos**, y humillarnos profundamente ante él. Solo en él y por él encontraremos lo que restaura nuestra alma» (J. N. D.).

“Pedid, y se os dará”, decía Jesús a sus discípulos (Lucas 11:9). Nos será dado... no necesariamente las cosas que hemos pedido, sino las que Dios, en su sabiduría, juzga buenas. Aun un padre terrenal sabe dar “buenas dádivas” a sus hijos, y éstas no siempre son conforme a los deseos de ellos. “¿Cuánto más vuestro Padre celestial dará...?” (Lucas 11:13).

Así, en la necesidad urgente, podemos tener confianza en la bondad y sabiduría de nuestro Padre. Pero esto no nos impide orar en todo lugar, en todo tiempo y en toda circunstancia.

b) Exponer nuestras peticiones

En Filipenses 4:6 no se trata de clamar a Dios en una angustia particular, “sino **sean conocidas** vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias”. El corazón que busca alivio se desahoga, conociendo el interés que Dios tiene por nosotros. Echa sobre él su carga, su inquietud (1 Pedro 5:7). Encomienda al Señor su camino, confiando en él, “y él hará” (Salmo 37:5). Ponemos delante de Dios todo lo que nos preocupa, sin pedirle tal o cual solución, tal salida, sino confiando en él. El resultado no es la respuesta directa a nuestra oración, sino que “la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús”.

Hablar con alguien acerca de nuestros problemas nos alivia, pero exponerlos ante Dios nuestro Padre nos da la paz, la confianza en que él obrará. “Ciertamente yo buscaría a Dios, y encomendaría a él mi causa” (Job 5:8).

c) Pedir según su voluntad

1 Juan 5:14-15 nos asegura la respuesta a tal oración: “Esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho”. Y esta es la promesa del mismo Señor: “Todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidiereis en mi nombre, yo lo haré” (Juan 14:13-14).

Pero, ¿cómo pedir según su voluntad, si no la conocemos realmente? El Señor Jesús nos da el secreto: “Si **permanecéis** en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho” (Juan 15:7). Vivir en comunión con él, alimentarse con su Palabra y obedecerle (v. 10), nos lleva a discernir la voluntad de Dios.

Romanos 12:1-2 muestra las diversas condiciones para conocer la voluntad de Dios: presentar nuestros cuerpos en sacrificio vivo, no conformarnos a este siglo, ser transformados por la renovación de nuestro entendimiento. Entonces podemos discernir la voluntad de Dios. 1 Juan 3:22 dice, además: “Y cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él, **porque** guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él”.

Si vivimos cerca del Señor, alimentándonos con su Palabra, discerniendo su plan para nuestra vida, sabremos pedir según su pensamiento. Pero fácilmente puede suceder que tomemos nuestros propios deseos como la voluntad de Dios. Así, cuando pensamos haber comprendido cuál es esta voluntad, aún es necesario que la respuesta sea conforme a su Palabra, que el Espíritu Santo nos dé la convicción interior y que las circunstancias la confirmen. Estos **tres** puntos (la Palabra, la convicción del Espíritu y las circunstancias) se pueden comparar con tres faros directores en la pista de un aeropuerto. Cuando un avión se aproxima y el piloto ve estos faros bien alineados, sabe que está en la dirección correcta y que puede aterrizar.

El Espíritu en nosotros puede mostrarnos que no debemos orar por algo, puesto que no sería según la voluntad de Dios. Por ejemplo, Santiago 4:3 nos advierte que podríamos pedir mal, para gastarlo en nuestros deleites.

En el capítulo 1:5 también dice: “Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche”. Esta fue la oración específica de Salomón. Al comienzo de su reinado, sucediendo a un padre notable, dijo a Dios: “Dame ahora sabiduría y ciencia, para presentarme delante de este pueblo” (2 Crónicas 1:10). A menudo hemos experimentado que pidiendo sencillamente al Señor el discernimiento necesario en las circunstancias por las cuales pasamos, nos ha respondido según su promesa.

Es un ejercicio continuo que requiere fe, “no dudando nada” (Santiago 1:6), pero también necesita confianza en la bondad de Dios, quien responderá según su omnisciencia; por último se requiere dependencia, la cual se somete a la voluntad que nuestro Padre manifiesta.

En la adversidad puede suceder que uno se rebele, que no acepte esta voluntad de Dios; o que se resigne y deje de orar; pero también puede lograr la victoria aceptando la prueba que el Señor permite, convencido de que Él sabe mejor lo que nos conviene.

Interceder

Interceder es orar en favor de otros, especialmente de los creyentes, pero también de las almas perdidas, teniendo amor por ellas.

Epafras rogaba “encarecidamente por vosotros en sus oraciones, para que estéis firmes, perfectos y completos en todo lo que Dios quiere” (Colosenses 4:12).

Samuel no cesó de rogar por Israel, como lo dijo al pueblo antes de deponer la carga de juez. Hubiera sido pecado no rogar.

El Señor Jesús intercede por nosotros. El Espíritu Santo intercede por nosotros. Intercedamos nosotros también por nuestros hermanos, en primer lugar por nuestra **familia**. Abraham intercedía por Sodoma a causa de los justos que pudieran encontrarse allí, pero sobre todo con la esperanza de que Lot fuese librado. Los padres interceden especialmente por sus hijos; los hijos pueden hacerlo por sus padres, sobre todo cuando éstos pasan por dificultades.

Job oró por sus **amigos**, a pesar de toda la amargura que éstos le habían causado. Dios lo devolvió a su primer estado solo después de esta intercesión, dándole el doble de lo que tenía antes (Job 42:10).

Pablo intercedió muchas veces por las **iglesias**, motivo de solicitud que lo asediaba cada día. En la mayoría de sus epístolas recuerda cuánto oraba, a veces día y noche, por las iglesias y por las personas a quienes escribía.

Estamos llamados a orar por **el Evangelio** de una manera general, para que Dios abra puertas, pero también por la salvación de un alma en particular. Y la Palabra nos exhorta especialmente a orar por los **siervos** de Dios: “Y por mí...”, decía Pablo (Efesios 6:19). El apóstol escribió a los tesalonicenses: “Hermanos, orad por nosotros” (1 Tesalonicenses 5:25). El Señor Jesús mismo invita a sus discípulos, diciendo: “Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies” (Mateo 9:38). Pablo pedía a los corintios cooperar mediante sus súplicas con él y sus compañeros, “para que por muchas personas sean dadas gracias a favor nuestro por el don concedido a nosotros por medio de muchos” (2 Corintios 1:11). La iglesia oraba por los siervos; el Señor concedía su gracia en respuesta a esta intercesión; el resultado era acciones de gracias dada por muchos.

Pero el círculo se amplía. El Señor anima a los suyos a orar por los que los persiguen (Mateo 5:44). Pablo exhorta a Timoteo a interceder por todos los hombres, y por los que están en eminencia (1 Timoteo 2:1-2).

En Isaías 59:16, ante el mal creciente que invadía a su pueblo, Dios se extrañaba de que no hubiera quien intercediese. ¿Intercedemos por la iglesia local a la cual estamos unidos? En varias partes hay hermanos que consagran algunos minutos cada día para orar por la iglesia. Y ciertamente el Señor responde y da la bendición y el discernimiento necesario.

Confesar nuestras faltas

El profeta Oseas declaraba de parte de Dios: “Llevad con vosotros palabras de súplica, y volved a Jehová, y decidle: Quita toda iniquidad” (Oseas 14:2). Es necesario expresar el arrepentimiento y confesar el mal, ir a Dios con palabras que muestren la tristeza por haberlo ofendido con nuestros hechos. Esta confesión puede ser colectiva, particularmente en un caso como el de 1 Corintios 5; pero ante todo es individual, según 1 Juan 1:9: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”.

El Salmo 32 muestra que esta confesión se dirige ante todo a Dios: “Mi pecado te declaré... dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová; y tú perdonaste la maldad de mi pecado” (v. 5). En el Salmo 51, David subraya: “Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos” (v. 4). No se trata solamente de pedir perdón, sino de confesar a Dios con precisión el mal que hemos cometido, con el sentimiento profundo de lo que le costó a Cristo llevar en la cruz ese

pecado. Dios es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad. Según el caso, la confesión también debe hacerse hacia la persona ofendida o herida, eventualmente acompañada de una restitución, como lo enseña Levítico 5:5; 6:1-5; Números 5:7.

Santiago 5:16 también nos habla de confesar las faltas unos a otros, y de orar unos por otros, “para que seáis sanados”. Notemos que “unos por otros” es recíproco. Esta confesión de faltas (sobre todo faltas morales como las que se mencionan en Efesios 4:25-31 o en 1 Pedro 2:1, en contraste con Efesios 5:3) requiere una discreción absoluta de parte de aquel que la recibe. Puede ser una ayuda práctica real para evitar una nueva caída. En respuesta a la oración de intercesión, la sanidad no es solo física; también reviste un aspecto espiritual como en Hebreos 12:13.

¿Cómo orar?

Actitud exterior

“**Entra en tu aposento**”, dijo el Señor Jesús en Mateo 6:6, y “ora a tu Padre que está en secreto”. 2 Reyes 4:1-6 nos da un ejemplo. Solos en su pobre habitación, la madre y sus dos hijos recogían vasijas vacías. Solo eran tres los que estaban allí, sin embargo había otra Presencia. En su angustia esa madre había clamado a Eliseo. ¿Cómo salvar a sus hijos de los acreedores? (para nosotros, de Satanás). Ella tomó el poco aceite que le quedaba, empezó a echarlo en las vasijas y, en el silencio de esa morada, se efectuó un milagro. El aceite se terminó solo cuando las vasijas se llenaron. En la medida de su fe y en la de sus hijos que recogieron las vasijas vacías, tuvo su respuesta. No se debe hacer alarde de la oración, como los fariseos (Mateo 6:5), aunque puede haber casos cuando conviene no esconderse para orar, como Daniel en su aposento alto (Daniel 6:10).

Nada puede reemplazar esta intimidad con el Señor “en lo secreto”. Él llama e invita: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo” (Apocalipsis 3:20). El mismo Señor Jesús nos dio ejemplo: oraba temprano en la mañana, tarde en la noche, o aun toda la noche. En la casa de Pedro, donde se hospedaba en Capernaum, tal vez no había una habitación donde retirarse para estar solo, entonces, “levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba” (Marcos 1:35).

Ciertamente, se puede orar **en todo lugar** (1 Timoteo 2:8). Pablo oraba en la prisión. En Hechos 21:5 vemos que, con los creyentes de Tiro, se arrodilló y oró en la playa. “Desde el cabo de la tierra clamaré a ti”, dijo el salmista (Salmo 61:2; comparar con Salmo 139:9-10). Desde el vientre del gran pez, Jonás en su angustia clamó a Dios (Jonás 2:1-2).

También conviene dirigirse a Dios **en todo tiempo**. Efesios 6:18 lo señala diciendo: “Orando en todo tiempo... velando en ello con toda perseverancia”. Nehemías, en un momento crítico, cuando el rey le preguntó por qué su rostro estaba triste, y cuando tal vez su vida dependía de la respuesta, en el mismo festín en que presentaba el vino al rey, dijo: “Oré al Dios de los cielos, y dije al rey...” (Nehemías 2:4-5). David deseaba estar en la casa de Dios todos los días de su vida, entre otras cosas para aprender de él en su templo (Salmo 27:4). No solo una vez, sino en todo tiempo.

¿Qué **posición** tomar para orar? A menudo los creyentes se arrodillan, como Pablo con los ancianos de Éfeso (Hechos 20:36), o como el Señor mismo en Getsemaní. Pero también vemos a Josafat orando de pie (2 Crónicas 20:5). Ezequías oró acostado en su cama (Isaías 38:2). En cuanto a

Jonás o al ladrón en la cruz, no era su posición exterior la que contaba, sino su corazón que hablaba; esto es lo importante. En algunas asambleas los hermanos acostumbran ponerse de pie, o arrodillarse para orar, mientras que en otras permanecen sentados. Es bueno hacerlo según el pensamiento local, pero sobre todo lo importante es el sentimiento de la presencia de Aquel a quien nos dirigimos. Recordemos también la exhortación de 1 Corintios 11:4-5 para la oración en público.

En ciertos casos, en el Nuevo Testamento, encontramos la oración acompañada de **ayuno**. En Hechos 13:2-3, cuando los profetas y los maestros de Antioquía recibieron las órdenes del Espíritu Santo en cuanto a Bernabé y Pablo, estaban ayunando. Nuevamente ayunaron y oraron antes de despedirlos. Cuando Pablo y Silas establecían ancianos en cada iglesia, “habiendo orado con ayunos, los encomendaron al Señor en quien habían creído” (Hechos 14:23). Parece que Pablo acostumbraba ayunar, de acuerdo con 2 Corintios 6:5 y 11:27 (menciona separadamente el hambre y la sed, lo cual da a entender que los ayunos de los cuales habla eran voluntarios).

Trátase de ayunos físicos (privación total o parcial de alimento, pero nunca de bebida), o más especialmente del ayuno moral (abstenerse de diversas cosas, buenas en sí mismas, para concentrarse en las de Dios), lo importante es despojarse de lo que nos aparta de Dios, para concentrar toda la atención en la oración. En Isaías 58:3-7 hallamos instrucciones particulares en cuanto al ayuno en su aspecto moral. Pero en ningún caso debe hacerse un mérito del ayuno (ver Mateo 6:16-17). Si uno se siente dirigido por el Señor para practicarlo en cierta ocasión, sea a fin de ganar tiempo para la oración o para consagrarse enteramente a ella, siempre se debe entender que solo la gracia y la bondad de Dios responderán a nuestras peticiones según su sabiduría.

¿Con quién orar?

Primero **individualmente**, y esto sin cesar, reservando momentos particulares para estar a solas con Dios. Pero también **en familia**, como la viuda de Sarepta. ¡Qué hermoso ejemplo para los hijos, si ellos disciernen que la oración es para los padres un gozo y un privilegio, y no un deber del que uno podría prescindir!

En el Salmo 128, la familia está reunida alrededor de la mesa. La presencia del Señor está allí. ¡Y cómo no darle gracias... **aun habiendo visitas!**

Para la vida de **la iglesia**, la reunión de oración tiene mucha importancia. Algunos han escrito extensamente sobre este tema. Especialmente con relación a la oración, el Señor prometió: “Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mateo

18:19-20). En Hechos 12:5 vemos que la iglesia hacía oraciones a Dios sin cesar por Pedro. El hermano que se expresa en oración debe ser entendido por todos los presentes; así ellos podrán decir amén a la oración (1 Corintios 14:15-16). En la oración no se trata de enseñar, exhortar ni reprender a los demás. El que es la boca de la iglesia se dirige a Dios y no a los hombres. Pero no nos extenderemos más sobre este aspecto. Aunque la oración de la iglesia tiene gran importancia, ello no impide que algunos hermanos se reúnan aparte para orar. En Hechos 12 vemos que **algunos** estaban reunidos por la noche y oraban en casa de María (v. 12). Jacobo y los hermanos no estaban allí, según el versículo 17. Se trataba, pues, de un pequeño grupo, y no de toda la iglesia. Daniel oró con sus amigos (Daniel 2:17-18); Pablo oró con los ancianos de Éfeso (Hechos 20:36); y podríamos citar muchos otros ejemplos.

Por último, cuán hermoso es cuando dos **esposos** pueden orar juntos (1 Pedro 3:7). Nada podría sellar mejor su unidad, su armonía. Tienen que velar cuidadosamente para que nada en su actitud recíproca llegue a estorbar sus oraciones. Si tal fuera el caso, sería conveniente ir primero al Señor para confesar sus faltas, luego reconocerlas el uno para con el otro; y entonces con una actitud de agradecimiento, orar nuevamente juntos.

Notemos también que hay algunos **cánticos** o estrofas en ellos que son verdaderas oraciones. Cantémoslos con un espíritu de oración. Los identificaremos fácilmente.

Actitud moral

¿Con qué actitud interior debemos acercarnos a Dios? Primeramente con **respeto** y reverencia. Lo vemos en Eclesiastés 5:2: “Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra”. Y aunque él se reveló a nosotros como Padre, siempre tengamos presente en la mente y en el corazón la grandeza de Aquel a quien nos dirigimos. Él es el Padre, “que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno” (1 Pedro 1:17). Esto implica humildad. No nos extendamos en palabras; tomemos el tiempo necesario para expresarnos, pidámosle que nos hable, como lo hizo Samuel: “Habla, porque tu siervo oye” (1 Samuel 3:10); no dijo: «escucha, porque tu siervo habla». Sin embargo, la relación con el Padre es la de hijos que se saben amados y se acercan a él con confianza.

Tenemos el privilegio de orar en el nombre de Jesús y en el Espíritu (Judas 20), y esto en todo tiempo (Efesios 6:18). Incluso si no sabemos pedir como conviene, el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles (Romanos 8:26). La oración llamada “Padre nuestro”, la que el Señor enseñó a sus discípulos, correspondía a la época en que ellos vivían. Para ellos, el Padre estaba en los cielos (Mateo 6:9); todavía no era “mi Padre y vuestro Padre”. Ellos aún no

habían recibido el Espíritu Santo (Juan 7:39). Así, pues, cierta formulación de oración les fue dada. Cuán admirables son los pensamientos y las prioridades que ella contiene: primero está la gloria de Dios y sus intereses, luego nuestras necesidades. Pero como hijos de Dios, no estamos llamados a repetir una oración predeterminada. Nos dirigimos al Padre o al Señor Jesús por el Espíritu, quien nos conducirá a expresarnos como conviene en las circunstancias particulares en las que nos encontramos, individual, colectivamente, o en la iglesia.

En Santiago hallamos tres **estados de alma** con relación a la oración: no se pide (cap. 4:2), se pide mal (cap. 4:3), o se pide con fe (cap. 1:6). En la misma epístola el creyente ora especialmente si está afligido o enfermo (cap. 5:13-14) y, como ya lo hemos visto, unos por otros (cap. 5:16). Elías tenía las mismas pasiones que nosotros, pero también tenía el mismo Dios (v. 17). La verdadera oración está íntimamente ligada a **la fe**, a la confianza en la bondad de Dios, pero también a la certeza de que solo él puede responder. Si buscamos su voluntad, él nos puede comunicar la seguridad de la respuesta. Él es el Dios que da.

También es muy importante orar con una **buena conciencia**: “Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado”, dice el salmista (Salmo 66:18). Jesús mismo señala que la falta de perdón para con un hermano es un obstáculo para la relación con Dios (Marcos 11:25-26). Isaías dice: No “se ha agravado su oído para oír; pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios” (Isaías 59:1-2). Desde el momento en que el pecado es reconocido y confesado verdaderamente, “orará a ti todo santo en el tiempo en que puedas ser hallado” (Salmo 32:6). El apóstol se sentía libre de pedir oraciones a los hermanos, pues dijo:

Confiamos en que tenemos buena conciencia



(Hebreos 13:18).

Si parece que nuestras oraciones no tienen eco, deberíamos buscar **el obstáculo**. Este podría ser el orgullo, la falta de perdón, un mal entendido con alguien, o, como Jacob, querer hacer un “negocio” con Dios: “**Si** fuere Dios conmigo, y me guardare en este viaje en que voy... Jehová será mi Dios” (Génesis 28:20-21). ¡Cuántos años de disciplina fueron necesarios para que el patriarca aprendiera que todo es gracia! (Génesis 48:15). Contrasta con la oración de Jabes: “¡Oh, si me dieras bendición, y ensancharas mi territorio, y si tu mano estuviera conmigo, y me libraras de mal,

para que no me dañe!” (1 Crónicas 4:10). Exponía sus peticiones a Dios confiando en su bondad, apoyándose en las promesas hechas a los padres (Génesis 28:13-15). “Y le otorgó Dios lo que pidió” (1 Crónicas 4:10).

Pero nuestras faltas nunca deberían ser un obstáculo permanente para la oración. Antes de que cometamos una falta, Satanás insinúa que no es grave. Después de cometida la falta, atormenta la conciencia diciéndole que es demasiado grave. Sin embargo, mediante la sangre de Jesús, por la obra de su sacrificio, en cualquier momento podemos volver a Dios y experimentar el gozo de la oración, porque él es justo con Cristo para perdonar, y fiel a su promesa para hacerlo. Pero no olvidemos que estamos llamados a perdonar a nuestro hermano que tal vez nos ha hecho algún daño, y también a reconciliarnos con aquel a quien hemos causado un mal (Mateo 5:23-24).

El relato de Jeremías 42 revela un obstáculo aun mayor para la oración. Los hombres que fueron a consultar a Jeremías para pedirle que les dijera qué camino debían tomar, **ya habían tomado su decisión**: descender a Egipto. Ellos esperaban que el profeta confirmara su proyecto. Le pidieron que orara a Dios y aseguraron que escucharían Su voz. Dios les hizo esperar la respuesta diez días, dejándoles tiempo para reflexionar. Jeremías entonces advirtió categóricamente a Johanán y a todos los oficiales que no descendieran a Egipto. Si se quedaban en el país de Canaán, no tendrían nada que temer del rey de Babilonia. Pero ellos ya tenían sus planes concebidos, y acusaron al profeta de decirles una mentira delante de Dios (Jeremías 43:2). Haber decidido por nosotros mismos el camino a seguir y luego pedir a Dios que nos muestre su voluntad, es una trampa muy frecuente. Por cierto, a veces es muy difícil, especialmente con miras al noviazgo, ir al Señor con toda sinceridad para pedirle su voluntad. Pero también es muy importante hacerlo antes de que el corazón esté comprometido; de lo contrario, toda nuestra esperanza estará en que Él confirme nuestra decisión.

En otro aspecto: “Lazo es al hombre hacer apresuradamente voto de consagración, y después de hacerlo, reflexionar” (Proverbios 20:25). Demasiado rápido uno se deja llevar por cierto camino, acepta una propuesta sin haber reflexionado antes, y después de comprometerse quiere examinar el asunto delante del Señor. Esta es una astucia del enemigo a fin de impedir que primero vayamos a Dios, mientras nuestra mente está dispuesta a seguir el camino que Él nos muestre.

Por último, el Maestro exhorta a los suyos a no usar **vanas repeticiones**. Los que practican de este modo se imaginan que serán escuchados hablando mucho. De hecho no creen en la respuesta. Por tradición o costumbre, repiten vanamente las mismas fórmulas, las mismas frases. “No os hagáis, pues, semejantes a ellos”, dice Jesús (Mateo 6:7-8). Esto muestra cuán serio es expresar

la oración en la iglesia, una oración por el Espíritu en armonía con los sentimientos de la iglesia misma, y no la repetición de frases conocidas, trátase de agradecimientos o de peticiones. Algunas palabras sencillas que brotan del corazón, con fe, serán mucho más eficaces y acertadas.

¿Cuándo orar?

Está bien decir que conocemos al Señor y respetamos sus derechos sobre nosotros. Pero si el Señor nos preguntara a cada uno: «¿Cuándo te diriges a mí?», «¿cuándo oras?», ¿qué le responderíamos?

Su Palabra nos enseña lo que Él espera de los suyos:

1. Estar dispuesto a orar

En el Salmo 32:6 leemos: “Orará a ti todo santo en el tiempo en que puedas ser hallado”. Si solicitamos audiencia ante un personaje importante, a veces es necesario esperar mucho tiempo para ser recibidos. Nuestro Dios está constantemente disponible para sus hijos: siempre es el tiempo en que puede ser hallado; somos **nosotros** los que a menudo no estamos dispuestos a acercarnos a él. No dejemos pasar los momentos cuando el Espíritu nos induce a dirigirnos a Dios, cuando mueve nuestro corazón a orar.

Debemos tener en cuenta cuatro expresiones de la Palabra relacionadas con la oración: sin cesar, en todo tiempo, en todas las cosas o circunstancias y en todo lugar.

a) Orar sin cesar (1 Tesalonicenses 5:17)

Aquí hay un doble pensamiento. En primer lugar hay una disposición **continua**, permanente, para la oración. El salmista dice: “Mas yo me dedicaba a la oración” (Salmo 109:4, según versión francesa), es decir, estaba enteramente entregado a la oración. Solo el Señor Jesús realizó perfectamente esta vida de oración continua. Sin embargo, en los fieles debería existir una misma disposición de espíritu, como la de esos guardas en los muros, en Isaías 62:6, de los cuales dice: “Todo el día y toda la noche no callarán jamás. Los que os acordáis de Jehová, no reposéis”. Y Dios es sensible a las súplicas de los que le recuerdan; ellos son, según la expresión de Sofonías 3:10, sus “suplicantes” (V. M.).

Pero orar sin cesar también contiene el pensamiento de una regularidad en la vida de oración, sin que haya interposiciones. Aquí podemos citar las palabras de un creyente fiel que, llegando al fin de su carrera terrenal, decía: «Antes oraba muchas veces en el día, ahora no lo hago sino una vez»; su oración duraba todo el día. Para nosotros, a veces, basta con que el camino sea más

fácil para que la oración disminuya y la comunión con el Señor se interrumpa. Pero el tiempo pasa, y no se puede recuperar. Puede ser difícil volver a encontrar esa constancia en la oración, no una oración memorizada, sino una oración inteligente entrando en los detalles de las cosas.

Orando sin cesar, ensanchando nuestros corazones, ¿olvidaremos a los hijos de la familia de la fe, especialmente a aquellos que, tentados, se han alejado del camino del Señor, o se han extraviado? Es nuestro único recurso para ellos; porque la oración perseverante puede permitir el regreso de la oveja perdida.

b) Orar en todo tiempo (Efesios 6:18)

La Palabra nos habla de tres disposiciones que deberían ser permanentes en el alma de todo fiel:

- Alabanza: “**Bendeciré** a Jehová **en todo tiempo**; su alabanza estará de continuo en mi boca” (Salmo 34:1).
- Confianza: “Esperad en él **en todo tiempo...** derramad delante de él vuestro corazón; Dios es nuestro refugio” (Salmo 62:8).
- Oración: El Señor recomendó: “Velad... **en todo tiempo** orando” (Lucas 21:36).

Queda, pues, poco lugar para la murmuración o para dejar vagar la propia voluntad. Aun si la carga del trabajo es grande o las circunstancias particularmente adversas, hay lugar para la alabanza, para la confianza, para la oración. Incluso es el verdadero refugio en tales momentos.

Para orar en todo tiempo se necesita una disciplina personal, escogiendo cuidadosamente las ocupaciones y empleando metódicamente las horas, sin distracciones inútiles, vanas o perjudiciales. No esperemos a que las circunstancias nos obliguen a orar.

La invitación del apóstol Pablo a orar en todo tiempo puede parecer extraña dirigiéndose a alguien que acaba de revestirse con toda la armadura de Dios. Pero en realidad, estar al abrigo de las maquinaciones del enemigo libera al creyente de sus propias necesidades, ensancha su corazón y le permite entrar en las circunstancias de los demás y en las necesidades de todos los santos: “Orando en todo tiempo con toda oración y súplica... por todos los santos; y por mí”, escribió

el apóstol, encadenado en la prisión. No olvidemos, como se ha dicho, que la mitad del combate contra los poderes de maldad en los lugares celestiales se libra a través de la oración; a veces esta lleva más fruto que un trabajo exterior con el mismo objeto.

c) Orar en todas las circunstancias (Filipenses 4:6)

Aquí se trata de exponer nuestras peticiones a Dios, sin exigir una respuesta particular. ¿Lo hacemos en todas las circunstancias? En las cosas pequeñas como en las grandes, en las felices como en las penosas, en las que parecen fáciles como en las difíciles, en las secretas como en las más conocidas, en los detalles visibles de la vida exterior como en los secretos escondidos del alma, pues “sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien” (Romanos 8:28). Tengamos esta buena voluntad del espíritu que presenta a Dios todo lo que sobreviene en el camino y lo pone en sus manos, confiando en él.

Cuando la carga ha sido depuesta, la primera respuesta que se experimenta es la paz, esa paz que puede guardar nuestros corazones y nuestros pensamientos en Cristo Jesús. Las respuestas a las peticiones vendrán después, cuando y tal como el Señor, en su divina sabiduría, lo quiera para nuestro bien.

d) Orar en todo lugar (1 Timoteo 2:8)

No es necesario, como algunos creían o creen aún, ir a un lugar consagrado para orar. Orar en todo lugar es hacerlo en la casa, en casa de los amigos o con ellos, en la oficina, viajando, en vacaciones, cuando se está aun más expuesto. Pablo oraba con sus compañeros antes de salir (Hechos 21:5); el salmista subraya: “Jehová guardará tu salida y tu entrada desde ahora y para siempre” (Salmo 121:8).

La oración cotidiana, sea en la vida individual o familiar

En Deuteronomio 11:18-20 Dios exhorta a su pueblo a poner sus palabras en su corazón, a enseñarlas a sus hijos, a hablar de ellas “cuando te sientes en tu casa, cuando andes por el camino, cuando te acuestes, y cuando te levantes”. Igual sucede con la disposición para la oración.

Daniel oraba tres veces al día. Probablemente por la mañana, al mediodía y por la noche. Sin embargo, no solo eran las circunstancias graves en que se hallaba y el riesgo que corría lo que le hacía perseverar en sus oraciones. Se precisa claramente que oraba y daba gracias delante de su Dios, como solía hacerlo antes (Daniel 6:10). Para él era un hábito, una disposición regular, y ciertamente uno de los secretos de sus victorias.

El salmista dice: Oh Señor,

“ de mañana me presentaré delante de ti, y esperaré
(Salmo 5:3).

Es presentar la jornada delante del Señor a primera hora, y pedirle la luz y el discernimiento en lo que está por delante. Cuando los hijos de Israel iban por el desierto (Números 9:17), al salir de sus tiendas miraban la nube para saber si debían quedarse en ese lugar o, al contrario, continuar el camino, y qué dirección seguir. Hablando proféticamente del Señor mismo, Isaías dice: “Despierta mañana tras mañana, despierta mi oído para que oiga” (Isaías 50:4, V. M.). Escuchar lleva a la oración, como lo vimos en Moisés. En la angustia del Salmo 88, “de mañana” la oración es presentada ante Dios. Dejémosle orientar nuestros días, escuchemos lo que él tiene para decirnos en relación con lo que vendrá, y contemos con su dirección.

La oración de la **tarde** tendrá más bien el carácter de agradecimiento, sin olvidar, por supuesto, todas las necesidades que subsisten en cuanto a uno mismo y a los demás. El Salmo 141:2 nos dice: “Suba mi oración delante de ti como el incienso, el don de mis manos como la ofrenda de la tarde”. El día ha terminado, hemos experimentado el socorro y la protección divina, y el corazón se eleva hacia Dios en acción de gracias.

En el tiempo de la ofrenda de la tarde, Esdras se levantó de su humillación para arrodillarse delante de su Dios. Su única ofrenda era la de su angustia (Esdras 9:5). Daniel recibió la revelación del varón Gabriel a la hora del sacrificio de la tarde. A la hora cuando todo es tinieblas –físicas y, sobre todo, morales– una extraordinaria luz divina fue dada a este hombre de Dios; le reveló el futuro de su pueblo hasta el tiempo del fin.

En la Palabra también se mencionan oraciones hechas en la **noche**. En el Salmo 119:62, el salmista eleva un canto de alabanza a medianoche. La solicitud de Pablo para con la iglesia de los tesalonicenses le llevó a suplicar “noche y día”, como lo hizo también por su hijo Timoteo (1 Tesalonicenses 3:10; 2 Timoteo 1:3). En la prisión de Filipos, con los pies atados, “a medianoche, orando Pablo y Silas, cantaban himnos a Dios” (Hechos 16:25). Sin duda es un caso excepcional, pero es una disposición del alma que busca la faz del Señor en la oración y en la alabanza, en lugar de murmurar y quejarse.

La oración ligada a las etapas de la vida

En Números 28:3-4, el holocausto **diario** era ofrecido por la mañana y por la tarde, y el olor del sacrificio subía a Dios en olor agradable. Pero el **día de reposo** (el sábado) se ofrecían dos corderos más que los del holocausto continuo: era un día para Dios, y se traía doble ofrenda, tanto en la mañana como en la tarde. Esto nos habla del día del Señor y del sacrificio de alabanza que podemos traer especialmente ese día.

Luego, en el versículo 11, **al comienzo de cada mes** (lunar), se presentaban a Dios en holocausto dos becerros, un carnero y siete corderos de un año, acompañados de sus ofrendas de flor de harina: sacrificio de olor agradable a Dios, al que se añadía un macho cabrío en expiación por el pecado (v. 15).

En Levítico 23 hallamos las instrucciones para los **días solemnes** de Jehová, tiempos fijados para acercarse a Dios; tenemos todo el desarrollo desde la pascua hasta la fiesta de los tabernáculos.

Esos días solemnes nos hablan de las diversas etapas importantes de la vida: el día de nuestra conversión, la primera vez que participamos del memorial de la muerte de nuestro Señor; los días importantes en la familia, como el casamiento, el nacimiento de los hijos, cuando el Señor nos confió esos seres pequeños a fin de criarlos para él; el día de la elección de una profesión para ese hijo que hemos criado; luego, cuando va a casarse... Para esas grandes decisiones o elecciones de la vida, ¿nos hemos tomado el tiempo de orar especialmente? Si deseamos que esos momentos y su continuación sean bendecidos, debemos prepararlos con tiempo, acercándonos a Dios.

En las fases lunares esos períodos mensuales en que la luna crece y mengua, encontramos una imagen muy práctica de nuestra vida. La comunión preciosa que hemos gozado en un tiempo se esfuma fácilmente y necesita ser renovada. En la nueva luna era necesario ofrecer sacrificios particulares (Números 28:11-15; Esdras 3:5). De una manera muy especial, esto nos muestra el lugar que el Señor y su obra deben ocupar nuevamente en nuestro espíritu y nuestro corazón para que la comunión sea restablecida y pasemos de un período de sombra a un período de luz.

Y si cada semana tomáramos a pecho preparar el día del Señor por medio de la oración, si cada miembro de la asamblea local lo hiciera, habría más realidad en el culto de adoración y más bendición en la presentación de la Palabra.

¿Cuándo orar?

“

*Sin cesar,
en todo tiempo,
en todas las circunstancias,
en todo lugar.*

Señor, enséñanos a orar.

Hombres y mujeres de oración en la biblia

Ana

Aquí no se trata de Ana la profetisa, nombrada en Lucas 2:36-38. Ella también es un ejemplo notable de una mujer de oración, quien, avanzada en edad, **servía noche y día con ayunos y oraciones**. La oración es, pues, un servicio confiado tanto a las hermanas como a los hermanos, a los jóvenes como a los ancianos. No se necesita un don particular para ejercerla. Sabemos que las hermanas no pronuncian oraciones en voz alta en la iglesia, pero oran en silencio. ¡Cuánto deseamos que ellas puedan cumplir fielmente, en lo particular, ese precioso servicio! Conocemos a hermanas ancianas o enfermas que pasan horas hablando con el Señor, intercediendo en favor de tantas personas que él les ha puesto en el corazón.

El primer libro de Samuel comienza narrando la historia de la familia de Ana, quien se convertiría en la madre de Samuel. Sus condiciones de vida no eran muy agradables. Elcana tenía dos mujeres: Ana y Penina. Penina tenía hijos, pero Ana no tenía; y su rival aprovechaba cada año, cuando subían a la fiesta anual en Silo, para entristecerla e irritarla. Sin embargo, Elcana amaba a Ana, y cuando ella lloraba y no comía en la fiesta, su marido trataba de consolarla diciéndole: “¿No te soy yo mejor que diez hijos?”. Pero Elcana no había pensado en orar por su mujer, ni con ella. Isaac había orado durante veinte años por Rebeca, pues ella era estéril (Génesis 25: 20-21, 26).

Ana no trataba de fastidiar a Penina. Con dolor aceptaba la situación en que se encontraba; en la amargura de su alma, su refugio era la oración.

Discretamente, después de haber comido y bebido en Silo, se levantó sin interrumpir la fiesta y fue a la entrada del templo de Dios, allí oró y lloró abundantemente. Sin duda ya lo había hecho durante muchos años. Esta vez, ante la presencia misma de Dios, derramó largamente su alma hablando en su corazón. Solamente se movían sus labios, pero su voz no se oía. Hizo voto a Dios prometiéndole que si le concediera un hijo, se lo dedicaría a él todos los días de su vida, y su hijo llevaría las marcas del nazareato (Números 6). Cuando Elí le hizo una observación fuera de lugar, ella simple y reverentemente le respondió que era una mujer atribulada de espíritu, por lo cual, dijo: “He derramado mi alma delante de Jehová”. Siglos más tarde el apóstol exhortaría a los filipenses a exponer sus peticiones a Dios con oración y ruego. El salmista también dijo: Presentaré mis oraciones delante de ti, y esperaré (Salmo 5:3). El sacerdote Elí pudo responder

a la mujer: “Ve en paz”. Ella se fue por su camino, comió y no estuvo más triste. La paz de Dios guardaba su corazón. Sin embargo, todavía no había recibido la respuesta a su oración, pero su fe reposaba en Dios.

Cumplido el tiempo, Ana dio a luz un hijo, al cual llamó Samuel, nombre que significa «pedido a Dios», o «Dios escuchó». Y ella no tardó en cumplir su voto. Cuando el niño todavía era pequeño, subió con él a Silo y lo llevó a Elí. En ese momento le recordó que ella era la mujer que había estado allí orando ante Dios, y le dijo: “Por este niño oraba, y Jehová me dio lo que le pedí”. Ese niño sería consagrado a Dios por todos los días de su vida, pese a lo que le costara a su madre. Ana compuso entonces la oración del capítulo 2, donde expresa su gozo y agradecimiento, y celebra más al Dador que al don.

El niño crecía. Año tras año su madre iba a verlo, y cada vez le llevaba una túnica, de acuerdo a su edad (cap. 2:19). ¡Cuántos cuidados, cuánto amor pondría ella al hacerle esos vestidos! Esto nos habla de las oraciones que podemos elevar a Dios por nuestros hijos que crecen, adaptándolas a sus necesidades que van cambiando. Pidamos al Señor la sabiduría para adaptarnos, nosotros también, y criarlos en un ambiente que corresponda a su edad, para que sus miradas se vuelvan al Señor.

Ana había entregado a Dios el hijo de su corazón para toda la vida, y Dios le dio tres hijos y dos hijas más (cap. 2:21). El Señor nos recompensa abundantemente cuando damos algo para él (Marcos 10:29-30). Si esta página de la Biblia fue consagrada a Ana, bien puede ser porque ella fue una mujer de oración.

Samuel

Como su madre, Samuel también fue un hombre de oración. Desde muy pequeño se había prostrado ante Dios (1 Samuel 1:28). Seguramente había visto a Ana en esta actitud muchas veces y, como ella, aprendió a inclinarse ante Dios. Esta actitud fue conservada hasta el fin de su ministerio, lo cual lo llevó a construir un altar en su casa en Ramá (cap. 7:17), donde, por supuesto, adoraba a Dios. En el Salmo 99:6 Samuel es mencionado especialmente entre los que invocan el nombre de Dios, a quien ellos claman y Él les responde. La oración marcó toda su carrera. Cerca de Dios, Samuel creció y le sirvió. Llegó el día cuando Dios se le reveló directamente; su voz se hizo oír en la noche: “¡Samuel, Samuel!”. Instruido por Elí, Samuel pronunció su primera oración

que nos es relatada: “Habla, porque tu siervo oye” (cap. 3:10). Elí le había recomendado decir: “Habla, Jehová”. En su emoción Samuel olvidó el Nombre esencial de la oración. Pero Dios le perdonó y le respondió. ¡Qué aliento para los jóvenes que aún están confusos en sus expresiones!

Pasaron muchos años. Los dos hijos de Elí murieron en la batalla; el anciano se cayó y se desnucó cuando supo que el arca había sido tomada. Esta fue llevada a la casa de Abinadab. “Pasaron muchos días, veinte años” (cap. 7:2), hasta que Israel se volvió a Dios. Entonces Samuel habló a toda la casa de Israel, diciendo: “Preparad vuestro corazón a Jehová, y solo a él servid... Reunid a todo Israel en Mizpa, y yo oraré por vosotros a Jehová... Entonces dijeron los hijos de Israel a Samuel: No ceses de clamar por nosotros a Jehová nuestro Dios... Y clamó Samuel a Jehová por Israel, y Jehová le oyó” (cap. 7:3-9). Volver a encontrar la comunión perdida después de una grave caída no es un asunto pequeño. Se necesita un largo trabajo de corazón y de juicio de sí mismo; los dioses ajenos deben ser quitados. Aquí la oración juega un papel primordial. Inmediatamente después de la intercesión del profeta y la ofrenda del holocausto, Dios dio la victoria de Ebenezer, y Samuel pudo decir:

Hasta aquí nos ayudó Jehová



cap. 7:12).

El juez envejeció, e Israel deseaba un rey en su lugar. “Pero no agradó a Samuel esta palabra que dijeron” (cap. 8:6). ¿Qué hacer? “Samuel oró a Jehová”. Dios dio al profeta las instrucciones respecto al pueblo, pero este no quiso escucharlo. Insistió en tener un rey. Samuel volvió otra vez a Dios refiriéndole todas las palabras del pueblo. Israel tendría, pues, su rey, pero con la disciplina que esto implica (Oseas 13:11). En cuanto a Samuel, aceptó humildemente la situación. Acogió a Saúl, lo ungió y habló a su corazón. Poco después se despidió del pueblo: “Me dijisteis: No, sino que ha de reinar sobre nosotros un rey; siendo así que Jehová vuestro Dios era vuestro rey. Ahora, pues, he aquí el rey que habéis elegido, el cual pedisteis; ya veis que Jehová ha puesto rey sobre vosotros” (cap. 12:12-13). Después, ante la tempestad que se desencadenó, el pueblo dijo a Samuel: “Ruega por tus siervos a Jehová tu Dios”. Y Samuel respondió: “Lejos sea de mí que peque yo contra Jehová cesando de rogar por vosotros; antes os instruiré en el camino bueno y recto” (v. 17-23). A partir de entonces ya no sería el conductor del pueblo, pero en vez de ofenderse y retirarse a su aldea para no ocuparse más de ellos, continuó ese servicio esencial de la oración. Permaneció a su disposición para enseñarles el camino de Dios.

Mucho tiempo después, cuando Dios le dijo: “Me pesa haber puesto por rey a Saúl” (cap. 15:11), Samuel se apesadumbró; pero, ¿qué podía hacer? Una vez más, la última que nos es mencionada, “clamó a Jehová toda aquella noche”. Había aceptado que Saúl fuera rey; había tratado de ayudarlo, de guiarle; pero más veces fue rechazado que escuchado; en ninguna parte vemos que haya podido orar con Saúl.

Así termina una larga carrera llena de abnegación a Dios y a su pueblo, caracterizada por la oración y la comunión de Samuel con Dios; carrera en la cual intercedió fielmente por otros. Cuando estaba en angustia, pudo derramar su alma ante Dios, como su madre, y encontrar la paz y el consuelo que el Señor ha prometido.

Elías

La historia pública de Elías comienza abruptamente en 1 Reyes 17, mediante el anuncio de la sequía: “Vive Jehová Dios de Israel, en cuya presencia estoy, que no habrá lluvia ni rocío en estos años, sino por mi palabra”. Elías había precisado al rey Acab que él estaba en la presencia de Dios. Santiago 5:17 nos muestra el secreto de esta vida interior: “Oró fervientemente”. Elías tenía por costumbre estar en la presencia de Dios. Había comprendido que ese juicio debía venir sobre Israel, que estaba en los pensamientos de Dios; oró, pues, con insistencia y pudo declarar públicamente que el castigo necesario para restablecer al pueblo vendría.

La profecía es “como una antorcha que alumbra en lugar oscuro” (2 Pedro 1:19). Sabemos lo que ella nos anuncia en la medida en que el Señor nos la ha revelado. No pedimos los juicios, pero podemos advertir a los que no creen en el Señor Jesús sobre la suerte que les espera.

Elías pasó por diferentes experiencias. Viviendo en la casa de la viuda de Sarepta, conoció todas las circunstancias que ella atravesaba. Cuando la enfermedad y la muerte entraron en ese hogar, pudo orar inteligentemente. Con delicadeza tomó al niño, lo acostó en su lecho y suplicó a Dios por él. Se extendió tres veces sobre el cuerpo sin vida del niño (a pesar de que, según la ley, todo contacto con un muerto volvía impura a la persona), y clamó a Dios para que hiciera volver el alma al cuerpo de ese niño. Dios lo escuchó. Cuánto gozo y agradecimiento para Elías cuando tomó al niño, lo bajó de su aposento y “lo dio a su madre”. Siglos más tarde el Señor mismo, lleno de compasión por la viuda de Naín, después de resucitar a su hijo, “lo dio a su madre”. En ambos casos Dios fue glorificado (1 Reyes 17:24; Lucas 7:16).

Pero una prueba mucho más grande esperaba al profeta. Dos veces ya había oído la orden de Dios: “Vuélvete”, “vete” (1 Reyes 17:3, 9). Había estado en la presencia de Dios aun antes del periodo de sequía. En Querit y Sarepta todavía andaba en secreto, al resguardo, en comunión con Dios. Después de muchos días la palabra de Dios vino a él en el tercer año para decirle nuevamente: “Ve”. ¡Esta vez se trataba de ir a mostrarse a Acab! Elías no había temido anunciar la sequía porque estaba en la presencia de Dios. Pero mostrarse a Acab, quien le había buscado por todo el país para darle muerte, era otra cosa. Sin embargo fue sin vacilar. Cuando encontró al rey, tuvo toda la autoridad moral para pedirle la gran reunión en el Carmelo: 450 profetas de Baal, 400 profetas de Asera. Estas compañías se reunieron en el monte. Los profetas hicieron un altar a Baal, y Elías hizo uno a Dios. Los profetas clamaron a su dios, pero no obtuvieron respuesta. Mas a la hora de la ofrenda, Elías se acercó al altar que había erigido y sobre el cual había puesto el holocausto y la leña, y ante todo el pueblo reunido pronunció la tercera oración que nos es transmitida: “Jehová Dios de Abraham, de Isaac y de Israel... Respóndeme, Jehová, respóndeme, para que conozca este pueblo que tú, oh Jehová, eres el Dios, y que tú vuelves a ti el corazón de ellos” (cap. 18:36-37). Entonces el fuego de Dios cayó y consumió el holocausto, la leña, las piedras y el polvo, y aun lamió el agua que estaba en la zanja. Y todo el pueblo reconoció: “Jehová es el Dios”.

En secreto, el profeta había aprendido a identificarse con los intereses de Dios y con los del pueblo, habiéndose liberado de sí mismo y de sus propios problemas. Nuevamente su oración fue para la gloria de Dios. Subió a la cumbre del monte Carmelo, se inclinó hasta la tierra y siete veces oró para que lloviese, ahora que, al menos exteriormente, el pueblo había vuelto a Dios: “Y otra vez oró, y el cielo dio lluvia, y la tierra produjo su fruto” (Santiago 5:18; 1 Reyes 18:42-45).

Pero Elías era un hombre “sujeto a pasiones semejantes a las nuestras” (Santiago 5:17). Después de la tensión del Carmelo, de la carrera hasta Jezreel, ¿no debía haberse retirado aparte sin tardar para sumergirse en la comunión con su Dios? Con la amenaza de muerte por parte de Jezabel, huyó al desierto para salvar su vida (1 Reyes 19:3). Allí pronunció una quinta oración: “Basta ya, oh Jehová, quítame la vida, pues no soy yo mejor que mis padres”. Era un momento de desánimo, hasta pedir ser quitado de este mundo. ¡Qué contraste con el triunfo del Carmelo, donde tal vez creyó ser mejor que sus padres!

Pero Dios tuvo compasión de él y le envió un ángel, el cual le fortaleció dos veces. Luego Dios se le reveló desde Horeb por medio de “un silbo apacible y delicado”, diciéndole: “¿Qué haces aquí, Elías?”. Disgustado, en una sexta oración, el profeta se adelantó y acusó al pueblo: “Han dejado

tu pacto... y solo yo he quedado” (v. 14). Esta es la única falta de un hombre de Dios del Antiguo Testamento revelada en el Nuevo, porque “invoca a Dios contra Israel” (Romanos 11:2). Desde entonces no vemos más a Elías en oración.

A veces, ¿no es un peligro, también en nuestros días, adoptar una actitud semejante, pensando: Solo yo he quedado fiel... o solo nosotros somos fieles? Pero veamos la respuesta divina:

“ Me he reservado siete mil hombres, que no han doblado la rodilla delante de Baal
(Romanos 11:4).

El Señor conoce a los suyos, a quienes muchas veces nosotros no conocemos. La Palabra nos invita a marchar con los que de corazón limpio invocan al Señor (2 Timoteo 2:22), pero sin pretensión de ninguna clase, sino profundamente humillados por el estado en que la iglesia de Dios se encuentra como testimonio en la tierra. Somos llamados a orar por todos los santos, pidiendo al Señor que produzca alguna restauración, algún despertar para su gloria.

Por cuarta vez Dios dijo a su siervo: “Ve”, pero agregó: “Vuélvete”. Es necesario volver a recorrer el camino por el cual uno se ha alejado de Dios, como otrora Abraham en su regreso de Egipto. Ahora Elías ungiría a Eliseo como profeta en su lugar. Sin embargo, Dios todavía se serviría de él en el caso de la viña de Nabot (1 Reyes 21), y luego para reprender a Ocozías (2 Reyes 1:16). En ese caso el ángel no le dijo: “Ve”, sino “Desciende” (como en 1 Reyes 21:18). Después de tantos años, el profeta tuvo que aprender el camino de la humildad. En su último viaje con Eliseo “descendió” a Betel, a Jericó y al Jordán. Dios concedió entonces a su siervo la gracia suprema de ser llevado al cielo en un carro de fuego.

Moisés

La fe de los padres de Moisés había discernido que el niño era divinamente hermoso (agradable a Dios, Hechos 7:20; Hebreos 11:23). Después de haber sido expuesto a la muerte, Dios dirigió todo para que durante un tiempo Moisés fuera criado en su propia familia. Desde pequeño oyó hablar de Dios. Trasladado luego al ambiente de la hija de Faraón, fue instruido en toda la sabiduría de los egipcios (Hechos 7:22). ¿Qué quedaría, pues, de la primera educación? ¿Prevalecería la educación de los egipcios, o la de sus padres? “Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios” (Hebreos 11:24-25).

Solo poseía destellos del conocimiento de Dios, pero éstos fueron suficientes para orientar su vida. Durante los cuarenta años en Madián, solo tenía una débil relación con Dios. Cuando Dios lo llamó de en medio de una zarza ardiente, escondió su rostro y temió mirar hacia Él. Sin embargo, Moisés llegó a ser uno de los más grandes hombres de Dios, un hombre de oración. La semilla sembrada en su corazón por sus padres germinó lenta pero progresivamente, y permitió a Dios revelársele cada vez más, hasta hablar “cara a cara” con él (Números 12:8).

No podemos detenernos en todas las oraciones de Moisés relatadas en la Palabra, pero una cosa llama nuestra atención: Moisés escuchaba a Dios más de lo que oraba. Se encuentra más a menudo la expresión: Dios dijo a Moisés, que: Moisés dijo a Dios.

a) ¿Cómo oraba Moisés?

Volvamos a Números 7:89, considerado ya brevemente. Allí encontramos el secreto de toda la vida de oración de este hombre de Dios. Moisés “entraba”. Se apartaba, como más tarde el Señor mismo, para tener un encuentro personal con Dios. Entraba para hablar con Dios. Primero para escucharle, luego para hablarle. El encuentro tenía lugar en presencia del propiciatorio, del arca y de los querubines. El propiciatorio nos habla de la obra de Cristo; el arca nos habla (entre otras) de la Palabra de Dios que contenía; y los querubines nos hablan de la santidad de Dios. Estos tres elementos son esenciales para nuestras oraciones. Nos acercamos con base en la obra de Cristo. Para que nuestras oraciones sean según la voluntad de Dios, es necesario que su Palabra more en nosotros. Es esencial no perder de vista nunca la santidad de Dios.

Cuando oramos en nuestra habitación, no se trata simplemente de vaciar nuestro corazón. Ponerse de rodillas en la habitación es primero escuchar lo que Dios quiere decirnos. Después de pedirle que guarde nuestros pensamientos, debemos darle el tiempo para dirigirse a nuestro espíritu. Es necesario tener una Biblia a mano para buscar el versículo que podría recordarnos. Después de haber escuchado, podemos hablar, pero conscientes de la grandeza de Dios, de su santidad y de su amor. Perseverando en esta comunión con él, aprenderemos a discernir mejor su voluntad y su plan para nosotros. Así oraba Moisés, sin duda, frecuente y regularmente. Algunas de sus oraciones son conservadas, especialmente las de intercesión.

b) Moisés como intercesor

Muchas veces el conductor intercedió por Israel; tomaremos particularmente tres incidentes:

1. *Refidim (Éxodo 17:8-13).*

El pueblo debía afrontar un temible combate; en realidad, era un doble combate: Josué en la batalla contra Amalec; Moisés en el combate espiritual en la cumbre del collado. Josué se defendía en el valle con la espada y la jabalina en mano; Moisés en el collado luchaba con las armas espirituales. Efesios 6:12 nos dice: “No tenemos lucha contra sangre y carne, sino... contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes”. Hay un combate que librar contra ese poder. No debemos estar continuamente preocupados, porque el Señor Jesús venció esos principados y potestades (Colosenses 2:15); pero existen, y en ese conflicto la oración es un arma poderosa.

¿Por qué subió Moisés a la cumbre del collado? Primero, porque desde arriba se ve bien lo que pasa abajo. Moisés veía a los combatientes. Así podía orar con inteligencia. Antes de interceder, informémonos de las necesidades precisas. Por ejemplo, en cuanto a la obra del Señor, sea en el país o en el extranjero, leamos atentamente las cartas que informan. Informémonos de las circunstancias de nuestros hermanos que están en el frente, para interceder por ellos con discernimiento.

Estando en la cumbre de una montaña también somos vistos. Los combatientes contra Amalec veían a Moisés levantando las manos para interceder por ellos. Cuánto ánimo sienten los siervos del Señor al saber que hay hermanos y hermanas que individual o colectivamente están orando con fervor por las necesidades del campo donde se encuentran.

El combate era duro. Cuando Moisés levantaba la mano, Israel prevalecía. Y cuando bajaba su mano, ¿diríamos que no les iba tan bien? La Palabra no se expresa así. Ella dice: “Cuando él bajaba su mano, prevalecía Amalec”. No hay neutralidad en el combate espiritual. O Dios gana, o prevalece el enemigo. En nuestra intercesión debemos tener en cuenta esto: no hay situación neutral. El combate en el valle depende de la oración en la montaña.

Moisés se cansaba. Nosotros también, en la intercesión, a veces podemos bajar los brazos. Era muy bueno que Aarón y Hur estuvieran allí. Sin duda esas dos personas tienen un significado: Aarón nos habla del Señor Jesús, siempre vivo para interceder, y que no se cansa jamás. Bajo otro aspecto, los dos pueden representar a los hermanos con quienes podemos compartir la oración y animarnos unos a otros para no fallar en ella. Ignoramos las palabras que Moisés pronunció en esos momentos, pero conocemos el resultado: la victoria del pueblo de Dios.

2. *El becerro de oro (Éxodo 32:7-14).*

3. *Los doce espías (Números 14:11-20).*

Hay cierto paralelo en la intercesión de Moisés en estos dos casos; los consideraremos, pues, juntos.

Cuando Dios anunció a su siervo el juicio que ejercería sobre el pueblo, no quería simplemente poner a Moisés a prueba, sino que le habló solemnemente del castigo que su justicia demandaba. La intercesión del legislador condujo a Dios a arrepentirse, a retardar la ejecución de su juicio, a modificar la acción e incluso a perdonar. Tal es el poder de la intercesión (Éxodo 32:14; Números 14:20). ¡Dios escuchó a Moisés y detuvo su brazo! ¡Esto es extraordinario!

La soberanía de Dios es tal que él puede decidir una cosa y enseguida otra cosa, según el estado de corazón del que está ante él. Aun cuando hubo perdón, quedaron las graves consecuencias de la rebelión: después del becerro de oro, tres mil muertos; después de negarse a entrar en Canaán, treinta y ocho años errantes por el desierto y la muerte de toda una generación. Fundamentalmente Dios perdonó, pero su gobierno debió ejercerse, aunque en una medida reducida, para que finalmente el pueblo de Israel entrara en Canaán.

Es instructivo ver cuál fue el pedido de Moisés; las dos oraciones son similares. En uno y en otro caso Dios propuso a su siervo hacer de él una gran nación, después de haber destruido las tribus rebeldes. ¿Qué habríamos respondido nosotros? Tal vez habríamos dicho: Son rebeldes, merecen ser exterminados; si quieres hacer de mí una gran nación, ¿por qué oponerme? Pero Moisés tenía tal humildad y tanto amor por el pueblo de Dios, que intercedió en su favor y en contra de sus propios intereses. Además, en otra oración incluso pidió a Dios borrarlo de su libro, si no podía perdonar a los culpables (Éxodo 32:32). En dos oportunidades se negó a ser el padre de una gran nación. Cada vez recordaba la gloria de Dios que sería pisoteada por los países vecinos si el Israel que Dios había librado de Egipto perecía en el desierto; ellos dirían que su Dios no era suficientemente fuerte para conducirlos hasta el final. En la intercesión, recordemos las promesas de Dios: tú has dicho... tú has prometido. Pero, ¿conocemos suficientemente esas promesas de la Palabra para apoyarnos en ellas?

Sin embargo, más tarde, cuando Moisés pidió entrar en el país y verlo, su oración solo fue parcialmente contestada. No tenía promesas para reclamar. Dios había dicho: “No entrarás”. Pero en la cumbre del monte Nebo, adonde el anciano había subido solo, el Amigo fiel que le había

acompañado durante todo el camino se le acercó y le mostró todo el país (Deuteronomio 34). Más tarde Moisés pondría sus pies en Canaán, cuando apareció en gloria con Elías en el monte de la transfiguración, y conversó con su Señor.

Volviendo a las oraciones del líder, vemos que Dios perdonó, pero quedaron las consecuencias del pecado. Podemos interceder por nuestros hijos, por la iglesia local, por un amigo, y Dios puede perdonar e intervenir milagrosamente. Pero también puede permitir que queden consecuencias de las faltas, al menos en alguna medida; aunque, en el período de la gracia, también puede restaurar completamente, como fue el caso con Pedro.

La intercesión es una oración, pero no todas las oraciones son intercesiones. Interceder es ponerse entre Dios y una persona, quedando uno mismo de lado. No oro por mí mismo sino por otro. No pido por mí, sino por él. La intercesión puede tener un poder muy particular. Dios cuenta con la oración de sus hijos para que muchas cosas sean modificadas. En Isaías 59:16 Dios se sorprende que no haya nadie, ningún intercesor. De alguna manera Dios dispone todo para que los suyos intervengan como intercesores y le lleven a perdonar, a enderezar, a restaurar. Así lo quiso él, y se sorprende cuando no intercedemos. En el Salmo 106:23 dice que habría destruido a su pueblo si Moisés, su escogido, no se hubiese interpuesto, “a fin de apartar su indignación para que no los destruyese”. ¿Estamos prestos para interceder por la iglesia, por nuestras familias, por la obra del Señor, por sus siervos? Dios busca intercesores y se extraña que no haya más de ellos.

c) Moisés descubre progresivamente quién es Dios

A través de su carrera y sus numerosas oraciones, Moisés progresó en el conocimiento de Dios. Es lo mismo para nosotros. Dios se revela a los suyos de manera progresiva; en primer lugar por su Palabra, sin duda, pero también mediante una vida de oración, en la cual aprenden a conocer mejor su poder y su amor.

El primer encuentro de Dios con Moisés fue en la zarza ardiente (Éxodo 3:1-14). Se le presentó como el Dios de sus padres (v. 6), el Dios de las promesas, y también como el Dios que obra: He visto, he oído, he descendido (v. 7-8). No es solo una providencia lejana, sino un Dios que quiere obrar en la vida de los suyos. Se le revela como “Yo soy el que soy”. Es el primer elemento de la fe: saber que le hay (Hebreos 11:6).

Moisés debió aprender a conocer a Dios más profundamente. En Éxodo 19:16-21 el pueblo estaba en Sinaí, donde Dios se manifestaba en una visión aterradora. Allí el legislador descubrió, aun más que en la zarza, la santidad de Dios. Uno no puede acercarse a Dios de cualquier manera. La gloria de Dios descendió sobre la cumbre; Dios llamó a Moisés, le habló; pero el pueblo debió permanecer alejado. Durante seis días el líder permaneció sobre el monte, cubierto como de un fuego abrasador; “al séptimo día llamó a Moisés de en medio de la nube” (Éxodo 24:16).

El tercer descubrimiento que Moisés hizo de Dios fue el de su misericordia (Éxodo 33). El siervo pidió: “Te ruego que me muestres tu gloria”, y Dios le respondió: “Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro”. Y allí, después de haberle puesto en la hendidura de la peña, Dios pasó delante de él y proclamó: “¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad...” (Éxodo 34:6-7). David, en su oración del Salmo 63, pidió ver el poder y la gloria de Dios. Pero como Moisés, aprendió: Mejor es tu misericordia que la vida. La gloria vendría después; por el momento se gozaba de su misericordia. Moisés descubrió que Dios existe. Descubrió su santidad y su misericordia. En consecuencia, su oración del Salmo 90 se divide en tres partes: Primero, que Dios es (v. 2-6). Luego, que es santo (v. 7-12). Y por último, el tercer párrafo subraya su misericordia y su gracia (v. 13-17).

He aquí la escuela por la cual pasó Moisés en sus relaciones con Dios, cuando hablaba con él. Cuando el siervo hubo vivido esta enseñanza y comprendió la misericordia de Dios, ¿qué sucedió? Éxodo 34:29 nos da una notable conclusión:

La piel de su rostro resplandecía, después que hubo hablado con Dios.

“

¿No puede ser lo mismo para nosotros, en nuestra vida, si sabemos hablar con Dios en la montaña?

Los resultados de la oración

Sin duda los resultados de la oración son más numerosos de lo que pensamos, tanto en el mundo visible como en lo invisible; trataremos de detallar algunos de ellos.

a) La paz de Dios

Es la promesa de Filipenses 4, cuando hemos expuesto las peticiones a Dios con la seguridad del interés que él tiene por las necesidades de los suyos. Ana, después de haber derramado su alma ante Dios, no tuvo más el mismo rostro. Si no oramos, estamos llenos de inquietud. Pero si aprendemos a echar toda nuestra ansiedad sobre él, con la certeza de que él tiene cuidado de nosotros (1 Pedro 5:7), ¡qué descanso! Isaías 26:3 dice: “Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado”.

Pero paz no quiere decir pasividad. Después de presentar nuestras peticiones al Señor, es necesario estar listo para obrar, para obedecer. Confiando en su respuesta futura, estemos atentos a las necesidades o señales que él nos muestre, a las enseñanzas de su Palabra que ponga particularmente en nuestro corazón.

b) El gozo de la respuesta

Si oramos según la voluntad de Dios (felizmente no según la nuestra), la respuesta ha sido prometida, pero no necesariamente como nosotros pensamos. Podemos discernir cuatro maneras en las cuales Dios responde:

- Dándonos lo que pedimos. Porque la oración fue expresada según su voluntad, tal como el Señor la hubiera dicho en las mismas circunstancias.
- La respuesta puede ser aplazada hasta el momento en que Dios juzgue oportuno darla.
- Nos da según su sabiduría. No necesariamente en la forma pedida, sino de una manera que alcance el objetivo buscado.
- Puede responder: “No”, como lo hizo con Pablo, quien pidió tres veces al Señor que le quitara el aguijón de su carne, porque era un obstáculo en su ministerio; pero el apóstol recibió la seguridad que ha animado a tantos creyentes a través de los siglos: “Bástate mi gracia” (2 Corintios 12:9). ¿No era acaso una notable respuesta aun cuando el aguijón permaneciera?

El Señor Jesús también dijo a sus discípulos: “Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido” (Juan 16:24). Este gozo está unido a la obediencia (cap. 15:10-11), sobre todo contemplando al Señor mismo por la fe (cap. 16:22; 14:19).

Pedro fue liberado de la cárcel en el último momento (Hechos 12:10-11). Una vez libre, el apóstol se presentó a la puerta de la casa de María; Rode, la joven criada, se llenó de gozo al oírle, pero los demás no pudieron creer hasta que lo vieron (comparar con Juan 20:29). Y cuando lo vieron, se quedaron atónitos (v. 14-16).

La incredulidad quita el gozo. Sara no tenía comunión con Abraham en la oración. Fue necesario un trabajo particular de Dios para que ella recibiera fuerza (Hebreos 11:11). Antes de que Isaac les fuera dado, también fue necesario que el estado de corazón de los esposos fuera puesto en orden, que su acuerdo en mentir fuera confesado (Génesis 20:13). Entonces Dios puede bendecir. Por el gozo que Sara tenía, llamó al niño Isaac (*risa*, cap. 21:6), como Dios lo había ordenado a Abraham (cap. 17:19).

Zacarías y Elizabet se habían resignado a no tener hijos. Sin embargo, cuántas veces habían orado por un hijo. Cuando el ángel dijo al anciano: “Tu oración ha sido oída... Y tendrás gozo y alegría”, el sacerdote no lo podía creer. Por esa incredulidad quedó mudo hasta el nacimiento del niño prometido. Entonces, lleno del Espíritu Santo, bendijo al Señor (Lucas 1:13-14, 67-79).

Silenciosamente, en presencia del rey, Nehemías oró al Dios del cielo. Enseguida tuvo una respuesta favorable. Cuánto agradecimiento manifestó al afirmar: “Según la benéfica mano de mi Dios sobre mí” (Nehemías 2:4-8).

Hablando de los hijos de los extranjeros que seguirían a Dios para servirle y que amarían su Nombre, Dios dice: “Los recrearé en mi casa de oración” (Isaías 56:7).

c) El agradecimiento (acción de gracias)

Ya hemos visto su importancia. Hay diversos ejemplos que ponen en evidencia su valor. Daniel y sus tres compañeros, un pequeño equipo, pidieron “misericordias del Dios del cielo sobre este misterio”. El sueño fue revelado a Daniel. Entonces él bendijo al Dios del cielo, diciendo: “A ti, oh Dios de mis padres, te doy gracias y te alabo... pues nos has dado a conocer el asunto del rey” (Daniel 2:17-23).

Ante el ataque de moabitas y amonitas, Josafat volvió su rostro para buscar a Dios (2 Crónicas 20:3). Judá se reunió con todas las ciudades para pedir el socorro divino. El rey concluyó su oración diciendo: “¡Oh Dios nuestro!... En nosotros no hay fuerza contra tan grande multitud que viene contra nosotros; no sabemos qué hacer, y a ti volvemos nuestros ojos” (v. 12). Frente al enemigo, Josafat tomó consejo con el pueblo y... puso a algunos que cantaran y alabaran a Dios. Cuando comenzaron a entonar los cantos de triunfo, los invasores fueron abatidos, matándose unos a otros. Después de haber tomado el botín, el rey y sus tropas se reunieron en el valle de Beraca (bendición) y allí bendijeron a Dios... porque él les había dado gozo, librándolos de sus enemigos.

El siervo de Abraham oró a fin de discernir “la que tú has destinado para tu siervo Isaac” (Génesis 24:14). La respuesta a su oración fue clara; sin embargo el siervo quería asegurarse de que la joven fuera realmente de la línea de Nacor, es decir, de la familia de Abraham. Entonces se inclinó y adoró: “Bendito sea Jehová, Dios de mi amo Abraham... guiándome Jehová en el camino” (v. 27).

d) La comunión

El Señor ya no tiene lugar en la iglesia de Laodicea; está fuera. En su gracia llama todavía: “Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo” (Apocalipsis 3:20). Comunión bendita con Aquel que ha puesto en su corazón abrirle la puerta.

Como vimos en 2 Reyes 4, la mujer cerró la puerta tras ella y sus dos hijos; en la intimidad del hogar llenaron de aceite las vasijas. ¡Qué comunión entre madre e hijos! Es un ejemplo de la fe compartida de una familia que oró y esperó la respuesta del Señor en una circunstancia particular, en una decisión que tomar, en la prueba o en el duelo.

Comunión entre esposos, coherederos “de la gracia de la vida” (1 Pedro 3:7); comunión entre amigos como Pedro y Juan, quienes subían juntos al templo a la hora de la oración (Hechos 3:1); comunión en la iglesia, cuando “alzaron unánimes la voz a Dios” (Hechos 4:24).

e) La paciencia

Después de elevar su oración a Dios, el salmista dice: “Esperaré” (Salmo 5:3). “Bueno es esperar en silencio la salvación de Jehová”, dice Jeremías (Lamentaciones 3:26). Silencio del espíritu que a menudo se agita, silencio del corazón propenso a murmurar. Cuando el Señor exhorta a sus

discípulos a “orar siempre, y no desmayar”, y los anima a perseverar, agrega que Dios tiene paciencia antes de intervenir (Lucas 18:1, 7). ¿Tardará en responderles? Ejercita la fe, es necesario aceptar la enseñanza de la prueba cuando el fruto aún no está maduro.

f) La devoción

Cuando Ana recibió la respuesta a su oración, dedicó el niño al Señor por todos los días de su vida. No es fácil para una madre entregar su hijo al servicio del Señor en un sitio lejano, o para cualquiera otra misión que Él le muestre.

Pedro había dicho a Jesús (su primera oración): “Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador”. El Señor no contestó a este pedido, sino que respondió: “No temas”, y el resultado fue que, “dejándolo todo, le siguieron” (Lucas 5:8-11).

g) Dar vida (bajo el gobierno de Dios)

En 1 Juan 5:16, si alguien ve pecar a su hermano, no irá rápidamente a contarlo, sino que hará de este caso un motivo de oración, “y Dios le dará vida”. Así hizo Abraham respecto a Abimelec (Génesis 20:7, 17). Cuando Dios quiso destruir a Aarón, Moisés intercedió por él, y Dios lo salvó (Deuteronomio 9:20). Dios había dicho que destruiría a Israel, pero Moisés afirma: “Y oré a Jehová, diciendo: Oh Señor Jehová, no destruyas a tu pueblo”, y Dios tuvo gracia (v. 26).

h) La liberación

Debido a la impaciencia de los israelitas en el desierto, Dios les envió serpientes ardientes que los mordían; y murió gran cantidad del pueblo (Números 21:6). Entonces ellos reconocieron su falta y pidieron a Moisés: “Ruega a Jehová que quite de nosotros estas serpientes”. Moisés levantó la serpiente de bronce en un asta, y cualquiera que era mordido y miraba a esa serpiente, vivía (Juan 3:14-15).

En su oración, Salomón había previsto varias faltas, individuales o colectivas, y pidió a Dios que cuando el culpable o los culpables se volvieran a Él y reconocieran sus faltas, los oyera y los perdonara: “Tú oirás en los cielos... y perdonarás”, frase muchas veces repetida en esta oración (1 Reyes 8:23-53).

Incluso cuando Manasés, el peor de los reyes de Judá, se volvió “humillado grandemente en la presencia del Dios de sus padres. Y habiendo orado a él, fue atendido; pues Dios oyó su oración y lo restauró a Jerusalén, a su reino” (2 Crónicas 33:12-13).

En la primera oración de la iglesia (Hechos 4:24-31), le fue dado denuedo como respuesta a su súplica. En Hechos 12 vemos que la respuesta a la oración fue la libertad de Pedro. En Filemón 22, el prisionero Pablo pidió que se le preparase un alojamiento, “porque espero que por vuestras oraciones os será concedido”.

Pero Dios, en su sabiduría, no siempre libera a uno de la prueba. El Salmo 138:3 nos anima notablemente: “El día que clamé, me respondiste; me fortaleciste con vigor en mi alma”. Si Dios no concede la liberación, aumenta la fuerza del alma para atravesar la prueba.

i) Discernir la voluntad de Dios

Deseamos comprender Su pensamiento, saber qué dirección tomar, tener discernimiento para dar, material o espiritualmente. Cuán importante es, pues, estar vigilantes para ver las señales de respuesta que Dios nos dé, en lugar de pasar de largo.

Hacia la hora sexta, Pedro subió a la azotea a orar. Entonces el Señor le mostró, mediante la visión de un gran lienzo lleno de animales, que no debía tener por impuro a ningún hombre. El apóstol discernió entonces que la voluntad de Dios era que fuera a casa de Cornelio, y respondió a la invitación sin hacer objeciones (Hechos 10).

Cuando Manoa vislumbró la posibilidad de tener un descendiente, preguntó al ángel: “Cuando tus palabras se cumplan, ¿cómo debe ser la manera de vivir del niño, y qué debemos hacer con él?” (Jueces 13:12). Manoa deseaba conocer la voluntad de Dios para la educación de ese hijo tan deseado. Primeramente, la madre debía tener cuidado para no comer nada impuro. Cuando el niño creció, Dios lo bendijo. Y Sansón fue nazareo hasta cuando vendió su secreto a Dalila, perdiendo así la vista. Él no discernió la voluntad de Dios, ni siquiera la había buscado.

j) Abrir los ojos

El criado de Eliseo se sorprendió cuando vio que un ejército había sitiado la ciudad. En 2 Reyes 6:17, Eliseo oró diciendo: “Te ruego, oh Jehová, que abras sus ojos para que vea”. Cuando Dios abrió los ojos del criado, “he aquí que el monte estaba lleno de gente de a caballo, y de carros de fuego alrededor de Eliseo”. A menudo necesitamos que nuestros ojos sean aclarados para discernir todo lo que el poder y la gracia de Dios pone a nuestra disposición, para librarnos o para fortalecernos.

Durante los tres días de ceguera y ayuno de Saulo, la primera cosa que se nos dice de él es: “He aquí, él ora”. Ananías le fue enviado. De los ojos de Saulo cayeron como escamas, y recobró la vista. No solamente la vista física, sino que los ojos del futuro gran apóstol de las naciones comenzaron a abrirse ante las maravillas de la revelación divina.

k) Otros resultados de la oración

Y podríamos mencionar una multitud de ejemplos de esos notables resultados de la oración, cuando la fe está en el corazón y la confianza en la bondad del Padre. Cada uno también podría relatar experiencias personales.

Cuando el Señor responde a nuestras oraciones, especialmente en lo espiritual, dándonos ánimo y enseñándonos mediante su Palabra, no guardemos esto solo para nosotros mismos, sino sepamos trasmitirlo también a otros. “Dadles vosotros de comer”, dijo Jesús a sus discípulos (Mateo 14:16). Para poder alimentar a la muchedumbre, primero debieron dar al Señor los cinco panes y los dos peces. Pero cuando los hubo multiplicado, el Señor dio los panes a los discípulos, y los discípulos a la multitud. “Recibisteis, dad” (Mateo 10:8).

David oró mucho en su vida; también recibió muchas respuestas y directrices; hasta lo último de su carrera experimentó la gracia de Dios que perdona y restaura. Dios respondió incluso su oración para que Salomón lo sucediera en el trono. El anciano rey compuso entonces el Salmo 72, tal vez su último salmo, y lo terminó con estas palabras: “Aquí terminan **las oraciones** de David, hijo de Isaí”.

Ejemplo supremo el

Las oraciones del señor Jesús en el evangelio según Lucas

Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento hallamos muchos hombres que han orado. Hemos visto algo de sus oraciones, de la fe que las motivó y de los resultados. Pero hay un ejemplo supremo, el del Hijo del Hombre, Dios manifestado en carne, cuyo camino entero estuvo marcado por la oración. Los evangelios, especialmente, lo muestran dirigiéndose así a Dios, al Padre. En la epístola a los Hebreos (cap. 10:5-9), “entrando en el mundo”, podríamos decir que pronunció ya una primera oración: “Me preparaste cuerpo... He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad”. Y durante los días de su carne pudo decir: “Mas yo oraba” (Salmo 109:4).

El evangelio según Lucas, que nos muestra al Señor Jesús como el Hijo del Hombre, lo presenta especialmente orando. Lo encontramos así en siete ocasiones que marcan ese camino de humillación y de amor; una octava oración es dicha en Getsemaní; una última en la cruz. Notemos de paso que en el evangelio según Juan, el del Hijo de Dios, no se le ve orando, salvo “por causa de la multitud” (Juan 11:41-42) y, por cierto, en el capítulo 17, donde habla con su Padre.

Tres acontecimientos, relatados también en otros evangelios, solo en Lucas están acompañados de la oración: el bautismo de Jesús, la elección de los discípulos y la transfiguración.

a) *A la hora de ser bautizado* (Lucas 3:21-22), Jesús dijo: “Así conviene que cumplamos toda justicia” (Mateo 3:15). Dio un testimonio ante el pueblo, asociándose con este en el arrepentimiento, aunque Él mismo no tenía necesidad de arrepentirse; pero esta actitud correspondía a la posición que había tomado. Una vez efectuado el bautismo, en Lucas, Jesús estaba ante Dios y oraba. Entonces el cielo se abrió; la trinidad estaba presente: el Padre declaró: “Tú eres mi Hijo amado”; el Espíritu descendió sobre él como paloma; y el Hijo oraba.

b) En Lucas 5:15-16 vemos que la fama del Señor se extendía más y más; grandes muchedumbres se juntaban para oírle y para ser sanados. “Pero *él se apartaba a lugares desiertos, y oraba*”. En general, dos cosas nos son precisadas con relación a las oraciones del Señor: el lugar de la oración (antes el Jordán, aquí el desierto) y las circunstancias. En nuestro texto, había enseñado y sanado, había cumplido el servicio para el cual había sido enviado; ahora, con humildad y discre-

ción, se retiraba después de haber obrado. ¡Cuánto equilibrio en esta vida! ¡Qué ejemplo para nosotros: saber retirarnos y cultivar por medio de la oración ese contacto con Dios tan necesario cuando se ha presentado la Palabra o se ha sido de bendición para un alma!

c) *Jesús se fue a un monte a orar* (cap. 6:12). Estaba a solas con Dios. Tenía ante sí una elección importante: por la mañana llamó a sus discípulos y escogió a doce, a quienes también llamó apóstoles. Un día tendría que decir a uno de ellos: “El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil”. A otros dos los llamaría «Hijos del trueno». Y entre los doce se encontraba el traidor, cuyo nombre jamás se cita sin mencionar su crimen, a quien Jesús diría una noche: “Amigo, ¿a qué vienes?” ¡Cuánta dependencia necesitaba el hombre perfecto en esta elección!

Solo Lucas nos dice, no solamente que el Señor oraba, sino que “pasó la noche orando a Dios” –la única ocasión en que esta expresión es empleada–. ¡Pasó toda la noche orando! Nunca cansaremos a Dios con nuestras oraciones individuales; podemos derramar ampliamente nuestra alma ante él. En público es distinto. Nuestras oraciones pueden fatigar al auditorio y a Aquel que las oye, sobre todo cuando se quiere enseñar a otros por medio de la oración.

d) *Nuevamente Jesús “oraba aparte”*; pero esta vez los discípulos estaban con él (Lucas 9:18). Cuando Jesús se levantó, observó a los que lo rodeaban, los que lo habían acompañado un poco en el camino, se volvió hacia ellos y les preguntó: “¿Quién dice la gente que soy yo?”. Luego continuó: “¿Y vosotros, quién decís que soy?”. De su respuesta dependería la continuación. ¿Habían discernido ellos en alguna medida quién era él realmente? Acababa de orar delante de ellos. ¿Lo hizo para que sus corazones estuviesen preparados? Pedro entonces declaró: “El Cristo de Dios”.

Hemos caminado un tiempo con el Señor; ahora él parece decirnos: ¿Quién soy yo para ti, en tu vida, en tus circunstancias, en mi Persona misma? Y, ¿cuál será nuestra respuesta? A la de Pedro, Jesús agregó, dirigiéndose a ellos enérgicamente: “Es necesario que el Hijo del Hombre padezca muchas cosas”. Para él no era la victoria, ni la gloria, ni un trono, sino la cruz. Y a sus seguidores les dice: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día”.

e) *Ocho días después* del episodio precedente (cap. 9:28-32), *Jesús subió a un monte a orar*; esta vez no fue con todos los discípulos, sino con Pedro, Juan y Jacobo. En los evangelios según Mateo y Marcos, Jesús “los llevó aparte”, después de “seis días” de actividad, de servicio. El octavo día (que seguía al sábado) abría ya en el Antiguo Testamento una visión del futuro: la presentación de la gavilla de las primicias, la fiesta de Pentecostés, la fiesta solemne de los tabernáculos (Levítico 23).

Los tres discípulos estaban rendidos de sueño en ese monte, pero cuando estuvieron despiertos, “vieron la gloria de Jesús” (v. 32). Moisés y Elías aparecieron, como en los otros evangelios; pero solamente Lucas narra el tema de su conversación con el Señor: “Hablaban de su partida, que iba Jesús a cumplir en Jerusalén”. Antaño estos dos hombres ya se habían encontrado en la presencia de Dios en otro monte. En Horeb la ley había sido dada (Deuteronomio 5); allí también la voz dulce y apacible se había hecho oír (1 Reyes 19:12). Aquí era el centro de los consejos de Dios; por la boca misma del que iba a cumplirlos, los apóstoles fueron colocados en presencia de la cruz.

f) *“Estaba Jesús orando en un lugar”* (Lucas 11:1). Sus discípulos le observaban. Notemos que Jesús nunca oró junto con sus discípulos. Oraba por ellos; oraba delante de ellos; pero ellos no podían estar en igualdad con él delante del Padre. Aun el día de la resurrección, no dijo: Subo a nuestro Padre, sino: “Subo a mi Padre y a vuestro Padre”. También nos llama sus hermanos, pero él es el “primogénito entre muchos hermanos”; no conviene que nosotros le llamemos hermano.

Los discípulos vieron al Señor orando más de una vez. Por fin la necesidad de imitarle nació en ellos, y le dijeron: “Señor, enséñanos a orar”. Ahora deseaban entrar en esta vida de oración. El ejemplo del Maestro los animaba; habían visto algunos resultados de sus oraciones. Jesús entonces les enseñó: “Cuando oréis, decid: Padre...”. Luego agregó la parábola de los tres amigos y el sencillo pedido de: “Amigo, préstame tres panes”. El Padre siempre dará buenas dádivas a sus hijos.

g) El camino iba a terminar. *Por séptima vez vemos orar al Maestro*. Oraba por Simón, a quien Satanás iba a tentar cuando estuviera lleno de confianza en sí mismo: “He rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos” (Lucas 22:32). Fiel intercesión del Señor por

los suyos; por Pedro, asegurándole que volvería y podría cumplir aún un servicio; pero no por su propia fidelidad y pretensiones (“Señor, dispuesto estoy a ir contigo no solo a la cárcel, sino también a la muerte”), sino porque Jesús oró por él.

Notemos de paso que si hay siete ocasiones de oración mencionadas en el evangelio según Lucas, también hay otras cuando el Señor da gracias. Ello ocurre en este mismo capítulo, cuando parte el pan y da la copa a sus discípulos.

¿Cómo podía dar gracias, pensando en todo lo que significaba para él ese cuerpo partido y esa sangre derramada? ¿Dar gracias ante las dificultades, los sufrimientos, los oprobios, la vergüenza y el abandono de Dios! Por “el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio” (Hebreos 12:2).

h) *Getsemaní* (Lucas 22:39-46). A menudo hemos leído y meditado este pasaje de las Escrituras, pero cada vez que lo hacemos nuestro corazón se constriñe. El Señor instituyó la Cena; cantó un himno con los once; ahora este pequeño grupo se encamina hacia el monte de los Olivos. En Mateo 26:31 habla una vez más a los suyos; les recuerda las palabras del profeta: “Heriré al pastor, y las ovejas del rebaño serán dispersadas”. En Lucas 22:37 hay otro pensamiento: “Es necesario que se cumpla todavía en mí aquello que está escrito: Y fue contado con los inicuos”. El Cordero sería inmolado. Hubiera deseado que sus amigos participaran en su angustia y sufrimiento aunque fuera en una pequeña medida: “Orad...”, les dijo. En este evangelio no toma a tres de ellos con él, sino que “sus discípulos también le siguieron”. Se alejó de ellos a distancia como de un tiro de piedra, distancia en la que un pastor puede, con su cayado, lanzar una piedra para que la oveja que se ha alejado vuelva. Solo Lucas nos dice que el Señor se puso de rodillas. Allí oró, diciendo: “Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”. La pequeña manada se durmió; todavía no había sido dispersada; no obstante el pastor quedó solo. Su súplica era ferviente. Estaba en la angustia del combate; el Padre envió un ángel para fortalecerle. ¿Qué le habrá dicho este ángel? Lo ignoramos. Tal vez le recordó el Salmo 102, donde en su oración el alma afligida derrama su angustia ante Dios: “Él debilitó mi fuerza en el camino; acortó mis días. Dije: Dios mío, no me cortes en la mitad de mis días...”. ¿Y cuál fue la respuesta divina? “Por generación de generaciones son tus años. Desde el principio tú fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, mas tú permanecerás... pero tú eres el mismo, y tus años no se acabarán” (Salmo 102:23-27).

Allí estaba el Señor Jesús como un hombre abatido, anonadado. Su sudor se volvió como gotas de sangre que caían hasta la tierra. Se levantó de la oración y encontró a los discípulos dormidos por la tristeza. “¿Por qué dormís?”, les preguntó. Ese “por qué” debería hablar a nuestra conciencia cuando tan fácilmente nos sucede que, participando en el memorial de la muerte del Señor, no discernimos el cuerpo del Señor en el pan del cual participamos (1 Corintios 11:29).

i) *En la cruz, una última palabra del Señor expresa su oración* en favor de los que le rodean: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34). Este fue su pedido por sus verdugos. Ellos habían cumplido su obra, pero la gracia infinita del Señor intercedió por ellos: “No saben lo que hacen”, dijo él.

Pedro retomó este pensamiento dirigiéndose a la muchedumbre reunida en el pórtico de Salomón: “Sé que por ignorancia lo habéis hecho, como también vuestros gobernantes... Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados” (Hechos 3:17-19).

Podemos haber despreciado al Señor y su obra, podemos haber permanecido indiferentes ante su sufrimiento, pero la puerta de la gracia aún está abierta. Solamente se necesita arrepentirse, cambiar de pensamiento en cuanto a sí mismo, en cuanto a Dios, en cuanto a Cristo. Es necesario reconocer la inmensa culpabilidad de haber rechazado al Salvador, de no haber reconocido en él al Hijo del amor del Padre, de haber sido indiferente ante ese don inefable; de haber acusado en el corazón a Dios de ser la causa de todo lo que va mal como consecuencia del pecado y del poder de Satanás; de no haber visto en Jesús al Hijo único que Dios dio “para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. Entonces, si hay arrepentimiento, si el pecador se vuelve, se convierte y cree en el Salvador, sus pecados son borrados y, habiendo recibido a Jesús, es un hijo de Dios, nacido de nuevo, nacido de Dios (Juan 1:12-13).

j) Consideremos todavía, algunos momentos, *la oración en Juan 17*, la única conversación del Señor con su Padre que nos es presentada con detalles. Después de la última cena estaba en medio de sus discípulos. Antes les había lavado los pies para que tuvieran parte con él. Luego de la institución de la cena les dio las enseñanzas de Juan 14 a 16. Ahora miraba hacia su Padre. En otro tiempo la nube había conducido al pueblo; era la presencia misma de Dios, pero velaba su gloria. Cuando esa nube llenaba el tabernáculo o el templo, nadie podía entrar. Pero en ese momento la nube estaba rompiéndose, por así decirlo, para descubrir una gloria que es desde la eternidad:

“He acabado la obra que me diste que hiciese. Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese” (v. 4-5). Y continuó la oración: “La gloria que me diste, yo les he dado... aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado”. Es la gloria oficial compartida, pero una gloria esencial de su Persona solamente contemplada. Y a través de todos los versículos que hemos considerado, presentándonos a Jesús en oración, ¿no hay también algunos rayos de la gloria moral que marcó su camino en la tierra?

Ya ahora, por la fe, podemos contemplar esa gloria de nuestro Señor, y ser transformados por esta contemplación (2 Corintios 3:18). Nuestro rostro, como el de Moisés antiguamente, podrá resplandecer, porque hemos hablado con él (Éxodo 34:29).

G. André